YO, SOLDADO

En nuestra constitución hay un artículo que dice: "Todo ciudadano, a los veinte años, está obligado al servicio militar de acuerdo con las disposiciones de la ley".

Yo, que me lo sabía de memoria, no me di cuenta de que se acercaba mi hora, y, un día, fuí dolorosamente sorprendido con una citación en donde se me decía que concurriese a una revisación médica, y meses después, con otra en donde se me ordenaba que como ciudadano me alistase en las filas.

Así lo hice, aunque confieso en contra de mi voluntad, ¡qué otro remedio me quedaba!

Pero más vale que no lo hiciese. Acostumbrado a mi vida desordenada de bohemio, y ahora, de un momento a otro, aquella tan metódica, tan disciplinada, tan extremadamente desigual, mi alma sintióse rebelada y por unos días creí enfermar.

Gracias a Dios, aquello debía durar bien poco. Dadas las influencias de un pariente, fuí sacado a las dos semanas de la compañía y trasladado a la administración del regimiento.

Y allí era muy distinto. Tenía horario de oficina; comía y dormía en el hotel; no hacía ejercicios; y dependía sólo de mi jefe, un teniente primero asimilado, que era — cosa rara — todo bondad y corazón.

Después, los suboficiales, con el fin de que les informara el día que se cobraba el sueldo o el prest, o de cualquier otro asunto relacionado con la oficina, me trataban de muy distinta manera que a cualquier clase, enseñándome en vez de aquella mirada dura como la culata de su fusil, una sonrisa estúpida, falsa, como sus mismas vidas.

Yo creo que les sonreía de la misma manera.

Sucedió por aquel entonces que, a pedido de un buen escritor amigo, D. Alfredo Dorghem, que por entonces dirigía la revista "Bergen", escribí un cuento de ambiente militar; pero, por desgracia, aquello más que un cuento, resultó ser una fuerte diatriba contra los abusos e injusticias que se cometen con el sér humano, ya que no con el ciudadano. Verdaderamente, no era otra cosa que un panfleto antimilitarista.

¡Oh, cuánto eché de menos después que la revista en cuestión no se fundiera dos meses antes, o que, tan siquiera, mi trabajo hubiese sufrido las inclemencias del canasto!

Y explicaré el por qué.

Una tarde, al regresar al cuartel, fuí llamado por el sargento de guardia, quien, sin darme ninguna clase de explicaciones, me condujo delante del oficial de servicio.

Era éste un teniente primero, bajo y estúpido como una carabina.

—¿Usted es el conscripto Hamsun? — me preguntó.

—Sí, mi teniente primero.

—Hay una orden del jefe del Regimiento de pasarlo al calabozo.

—¿A mí? — pregunté asombrado, e indagué más asombrado aún. — ¿Por qué, mi teniente primero?

—Ya se lo dirán después.

—Pero... — quise protestar.

—No sea recluta, no accione conscripto — y ordenó al sargento — Páselo nomás.

El calabozo era una habitación rectangular de dos metros por tres, sin ventanas y con una sola puerta. Todo, las paredes, el techo, el piso, era de piedra, hasta la atmósfera que se respiraba. El único mueble que había era un banco, todo desvencijado, con una pata más corta que las otras, por cuya razón hubo que ponerle debajo un taco de madera. Confieso que no me agradó nada esa celda; gravitaba en ella cierta tristeza que oprimía el alma, mortificándola con siniestros presentimientos.

Sólo, me puse a examinar el encierro, cuando una escritura en el marco de la puerta, hecha con un cortaplumas, llamó vivamente mi atención. Me acerqué y leí: "Osvaldo Hemtrand, de la clase 1879; castigado a diez años en el cuerpo de disciplina por indisciplinarse con un cabo que quiso maltratarlo".

Y me imaginé a Hemtrand como a un muchachón alto, erguido, bueno, único sostén de unos viejos achacosos.

Luego, sentándome en el banco que, a mi peso, chilló como un ratón cogido por un gato, dí en pensar en el motivo de mi encierro.

Mi memoria no recordaba que yo hubiera cometido ninguna falta; a no ser unos versos que escribiera en una página del libro del racionamiento.

—No, algo peor, otra cosa más grave que pueda motivar este castigo, — le repliqué.

Pero nada; mi memoria no supo darme razones. Y hube de recriminarle duramente su terquedad.

Hacía media hora que estaba sentado encima de aquel banco, mi memoria continuaba dialogando conmigo, cuando una voz se entremezcló en nuestra conversación, haciéndome estremecer.

Giré rápidamente la cabeza hacia atrás muy sobresaltado, y ví al sargento que, con voz seca, me ordenó que le siguiese.

Dos de mis compañeros, con la bayoneta calada, seguíanme tres pasos atrás. Escoltado de esta suerte llegué al despacho del Jefe del Regimiento. Debo confesar que no iba muy tranquilo. La idea de que podría haber cometido algún delito, sin yo saberlo, me torturaba. Después, sentía el roce helado de las bocas de los fusiles en la espalda y en la nuca, como si anduviesen urgeteando, buscando mis pulmones y mis ideas.

De pronto nos quedamos firmes, duros, hechos nuestros cuerpos unas estacas de carne.

¡Estábamos delante del Jefe del Regimiento!

Era éste un hombre alto, musculoso; su rostro daba la impresión de un ser consumido por la fiebre de matar... y sus ojos, los de un hombre inhumano y brutal. Las medallas que adornaban su pecho, mentían en él, grandes manchones de sangre. Tenía los brazos apoyados sobre el escritorio, y sus manos, en ese instante, se me antojaron dos séries de balas olvidadas allí.

Al verme me miró de arriba abajo y, con su voz que tenía el eco del cañón, me dijo:

—¿Conque era usted el escritor? — y agregó, entornando los ojos como con nostalgias de batalla. — He leído su artículo de usted en la revista "Bergen" y debo confesar que lo he encontrado admirable. Había leído infinidad con el mismo tema de sus colegas los poetas; pero ninguno me agradó tanto como el de usted. De tal manera que he decidido traerlo a mi presencia para felicitarlo. Tanto yo como todos mis subalternos, nos sentimos orgullosos de albergar en nuestro regimiento un conscripto de las condiciones de inteligencia de usted!

Quise agradecer esos elogios; pero en aquel momento sus dos hileras de dientes, no sé cómo, chocaron entre sí, produciendo un sonido metálico que me hizo tiritar de miedo. Y sonriente, satisfecho, abriendo sus narices como si aspirase olor a pólvora, prosiguió:

—Lástima grande que haya publicado usted sus opiniones durante su permanencia bajo las armas... Hay un artículo en nuestro código que castiga muy severamente tales ideas y debido a ello me veo forzado a levantarle un sumario; pero no se intranquilice usted, trataremos de que su estadía en Trondhyen sea lo más corta posible...

El teniente coronel volvió a examinar silencioso y escrupulosamente todo mi cuerpo, y cuando se hubo dado bien cuenta que era un poco raquítico y que mis brazos no eran lo suficientemente musculosos como para derribar árboles allá en Trondhyen, hizo un mohín de disgusto; pero no dijo nada. Se quedó pensativo, y luego ordenó:

—Llévelo, sargento.

De nuevo en el calabozo me puse a pasear por la celda, cuan larga era.

—Trondhyen... el cuerpo de disciplina...

¡Están todos locos — dije pensando en lo que me dijera el Jefe del Regimiento.

Luego me acordé de mi casa; de mis padres, de mis hermanos, sobre todo de mi madre... Cuando se enterara de mi arresto se apenaría. Y mi padre también se apenaría. Y según su costumbre, yendo y viniendo por el comedor, diría sentenciosamente:

—Me gusta. ¡Ahí tiene lo que saca con escribir sus estupideces!

Apenado, nervioso, por estos recuerdos, me senté en el banco; y pensativo, elevé los ojos entristecidos hacia el techo de piedra mugrienta que gravitaba como una lápida sobre mi cuerpo, sobre mi cabeza...

—¡Eh! ¡Arriba!

Al lado mío estaba el cabo de guardia que me sacudía por los hombros, mientras que un cuartelero, me tendía un plato de sopa de bacalao y dos galletas, estaban duras como suela de zapatos y la sopa despedía olor rancio.

—No voy a comer... no tengo ganas. Prefiero fruta. ¿Permite que el soldado vaya a comprarme?

El cabo inclinó afirmativamente la cabeza.

Después, salieron.

Cuando volvió el cuartelero, aproveché una oportunidad para decirle:

—Hazme un favor... Mira, cuando salga alguno, dile que avise a casa y que diga lo que me pasa. ¿No te vas a olvidar?

Con un gesto me aseguró que no.

De nuevo la pesada puerta se cierra tras de él; chirrian los cerrojos y de nuevo me quedo solo.

Hacía diez minutos que había terminado de comer, cuando el cabo de guardia abrió la puerta, se paró en el umbral y me dijo secamente.

—Puede ir al servicio, si quiere — y a los dos centinelas — Antes de cinco minutos aquí. Ya saben, está prohibido hablar con los presos.

¡Y la noche estaba espléndida! El aire en calma, fresco y sereno: la noche, un poco oscura, pero hermosa, y el cielo, sembrado de estrellas que titilaban alegremente; estaba tan azul, que se diría que lo habían teñido o limpiado recién.

Y fué en ese instante, bajo el cielo azul espléndidamente hermoso, donde la idea de "no ser" llagó por vez primera mi corazón: ahora encontraba en mi encierro algo de humillante, de ruin, de mezquino...

Apreté los labios con ira y miré a los soldados que me custodiaban. Seguíanme tres pasos atrás con el máuser en el hombro en los que las hojas de las bayonetas, centelleando en las tinieblas, se me antojaron dos dedos fantásticos que arañaaen la eternidad...

Me paré de súbito, y ante la voz de uno de ellos, que me dijo: "¡Camina, vamos! Si nos ven nos castigarán luego a nosotros", proseguí mi camino lentamente.

Y al ir a dejar el campo — en medio del cual está incrustado el servicio — para penetrar en el edificio, a lo lejos ví brillar una lucecita de gas; parpadeaba nerviosa y parecía que también quisiera escaparse del foco que la aprisionaba...

Pero no sigamos adelante. Estas narraciones se hacen monótonas, cuando se las descarna de la bendita pulpa de la realidad.

Sí, es mejor que terminemos aquí.

No hay tiempo que hacer perder a los lectores con nuevas divagaciones, porque al otro día, gracias a mi pariente, no sólo fuí puesto en libertad sino que se me dió de baja. En la libreta de enrolamiento bautizaron el motivo de una enfermedad mental. Podían haberla bautizado de colitis crónica ya que, verdaderamente, es esa la enfermedad que padezco desde el día que tomé mi primera comunión. Pero, esa u otra, poco importa; lo esencial es que fuí puesto en libertad y con ello queda dicho todo.

Knut Hamsun.

La reacción en Europa

Se recordará, sin duda, que durante la guerra los partidarios de la causa aliada aducían, para justificar su preferencia, que si la victoria correspondiera a Alemania sobrevendrían las más terribles consecuencias reaccionarias; todo lo contrario de lo que acontecería, según ellos, si la victoria se inclinara hacia la Entente. Contra esta opinión, inconsistente defensa de una actitud equivocada cuando no traidora, se levantaron unánimemente los anarquistas, salvo pocas y muy combatidas excepciones, arguyendo que para la causa de la libertad era indiferente el triunfo de uno o de otros; que la guerra era el mal y que la victoria de estos o aquellos no lo disminuía en nada; que cuanto más durara la contienda más ruinas y daños se acumularían para el porvenir y más negro sería el horizonte para la libertad y el interés de los pueblos, y que de ella no resultaría para estos más que una reforzada opresión y una reacción desenfrenada si no se llegaba a su término, no por agotamiento de los combatientes, ni por la victoria de una parte sobre la otra, sino por la voluntad revolucionaria de los hombres si, abandonando la guerra de los gobiernos, emprendían la guerra de los pueblos contra los gobiernos.

La guerra concluída, los hechos han venido a demostrar cuánta razón asistía a los anarquistas. La reacción desenfrenada, general, extendida sobre todos los países combatientes y por reflejo también en los neutrales; la reacción que tanto se temía con el triunfo de Alemania y para prevenir la cual tantos "avanzados" abrazaron la causa aliada; esta reacción, hoy se intensifica, se extiende, abarca todos los órdenes, se hace absorvente y subordina todo a sus fines. Es la consecuencia lógica que se buscaba: el sometimiento de los pueblos al más duro yugo.

Por lo demás, este es el resultado de todas las guerras, que han producido siempre un recrudecimiento de la reacción y no han hecho más que cambiar el centro de la reacción, que acompaña siempre a los vencedores. En efecto, las victorias de Napoleón, por ejemplo, lo establecieron en París, y su derrota lo llevó a Viena, de donde volvió a París con Napoleón III. Del mismo modo, la última conflagración transportó nuevamente a París el centro de la reacción que había pasado a Berlín por la victoria alemana en la guerra de 1870.

Todo lo que ocurre en Europa desde el término de la guerra, demuestra cómo esta no trae fatalmente más que resultados de barbarie y de reacción, de barbarie moral y material, y de reacción en todos los campos: económico, político e intelectual.

Los frutos que se ofrecen en Europa de esta guerra se muestran en el auge adquirido por el militarismo y el clericalismo, los dos órganos típicos de la reacción, que vuelven a reinar, soberanos, únicos, en todas partes.

¿Son estos los bellos resultados que se prometían los que hicieron suya la causa de los aliados? Por lo menos, no podían ser más que estos, triunfara quien triunfara. Hoy esto aparece evidente para muchos, para todos, como lo fué para los anarquistas desde el primer momento.

Alentados a la autoridad

Día a día se anotan en los diarios numerosos desacatos a la autoridad. Ya es un tranquilo obrero que es asaltado por la policía en plena calle mientras pasaba, y que, indignado, se resiste, o ya una mujer que insulta a las autoridades que van a desalojarla de la pieza que ocupa.

De la repetición de estos desacatos a la autoridad, que las más de las veces terminan en atentados a la misma, cometidos muchas veces por personas honestas que nada tienen que hacer con la policía, se nos ocurre pensar que ésta es la provocadora.

En verdad, que tales gentes que se desacatan nada tendrían que hacer con la policía, si ésta no las molestara.

La provocación, el desacato al respeto humano, más digno de consideración que cualquiera autoridad, y el atentado a la dignidad y el propio derecho a la vida de los hombres, están personificados en la policía.

Ella comete las mayores injusticias, los atropellos más bárbaros, y encima se cree con derecho a procesar a quienes, en defensa propia, se desacataron contra ella. Los verdaderos desacatos y atropellos los comete la policía.

Tal como en la sierra, a disposición de los bandidos, así se encuentran los hombres a disposición de la policía. Creemos que la comparación ha de indignar, justamente, a los bandidos. Estos, al fin y al cabo, les sacan todo a los que caen en sus manos, y después les dejan libres. La policía, en cambio, les saca todo también, y después los tiene presos y cuando a la larga los suelta, los tiene siempre bajo su mirada.

Cuando los perros nos muerden, les sacudimos el lomo con las botas o con un palo, hasta que se consiga ponerles bozal: Los desacatos y atropellos a la autoridad, son lo mismo, precisamente: los palos y puntapies con que se devuelven los mordiscos policiales. Esto, hasta que se consiga ponerle bozal a la policía.

La niñez desamparada

Por la condición de vida de la niñez, puede conceptuarse la condición de un país. No hay mal que sufran los hombres, que no refluya en los niños. La condición de éstos es una consecuencia directa de la de sus padres, y ésta es efecto del sistema de vida imperante. Es un encadenamiento lógico que va de la existencia del privilegio con la consiguiente explotación de los desheredados, a la depresión moral y física de los explotados con la inevitable secuela de miserias, que padecen éstos, y que se prolongan en los niños.

Por la condición de la niñez puede considerarse la condición de un pueblo. A niños desvalida y hambrienta, que vive al día, a la espera de la limosna que la hipócrita compasión arroja, corresponde un pueblo esclavo, privado de libertades y deprimido por la explotación.

La existencia de asilos, salas-cunas y demás institutos, en los que se recluye como en celdas a la infancia, no alcanza a justificar un concepto diferente sobre la condición de un pueblo. La misma existencia de esas instituciones es por demás reveladora. Señala la necesidad en que se ven las clases privilegiadas de remediar aparentemente el mal de la niñez desvalida, cuya gravedad se mide por el mayor número de los institutos existentes encargados de darle asilo.

Continuamente los diarios burgueses se ocupan en sus columnas, sentimentalmente, de los niños desamparados que ambulan de día y noche por las calles, sucios, esqueléticos y rotos, pidiendo limosna, y cuyo aspecto produce más asco que compasión. Los periodistas se "duelen" hondamente de que tal cosa sea posible, y se quejan de la desidia de las autoridades que no consagran su acción a remediar todo eso. Se alarman de que por las calles del centro se ofrezca a los transeuntes tales espectáculos, y claman por medidas conducentes que los eviten. No es dolor el que sienten ante el cuadro de miseria de esa niñez que por su desamparo, es arrastrada por los vórtices de la vida, al vicio, al delito y a la depresión moral y física. Ni compasión, siquiera, sino repugnancia, asco, y es por esto que reclaman de las autoridades que les quiten de la vista tan repulsivos espectáculos. No importa que la niñez desamparada exista, con tal que las gentes adineradas no la vean. Así se evitarán también ciertos escrúpulos al amasar sus riquezas y no se les ocurrirá pensar a costa de cuántos sufrimientos formaron sus fortunas. El arrepentimiento tardío que es la caridad de algunos tampoco podrá ocurrir, por aquello de "ojos que no ven, corazón que no siente".

No viéndola, la clase privilegiada se hará la ilusión de que no existe la niñez desvalida. Pero ya será profundamente sacudida su despreocupación cuando uno de esos niños, vengador de un mal tan grande que por mucho que haga siempre será poco, descarga el brazo que la misma sociedad armó. Entonces vienen los lamentos: ¡Ah! El arroyo... la vida del arroyo... sin embargo, es su propia obra que contra ellos se revuelve.

Y los diarios burgueses piden que los gobiernos adopten una acción enérgica. Creen que encerrando a los niños en colegios, asilos y otros institutos de régimen carcelario, según se estila, se quita de la vida un espectáculo tan triste y doloroso como es el de la niñez sin amparo, abandonada a la miseria y el vicio. El mal que esto revela es un mal orgánico de la sociedad actual. La vida de la niñez desamparada es una prolongación del infortunado vivir paterno. Los males que sus padres padecieron se prolongan en los niños. La organización de la sociedad es la culpable. Sin cambiarla fundamentalmente, de nada vale crear asilos y colegios para los niños desamparados. Habiendo hombres explotados, éstos proyectarán sobre sus hijos los dolores, la miseria y el malestar de sus viviendas miserables. Lo esencial es atender al bienestar de los padres. Si éstos gozan de libertad y de bienestar, no habrá niños que ambulen por las calles en peregrinación doliente. Pero para conseguir esto, no son medidas oficiales las que hacen falta. Por el contrario, ellas dificultan la solución del problema. Leyes e instituciones, cuantas más existan, demuestran la mayor gravedad del mal. El nivel de vida de un pueblo, no se eleva mediante la acción del gobierno, sino mediante la acción del pueblo. Sólo éste puede resolver el problema, porque en sus manos está la solución: suprimir toda explotación, dejando a cada hombre el pleno disfrute de su derecho a la vida, a la libertad de los medios de trabajo y los frutos de su trabajo que necesarios le sean.

Un pueblo que tenga niños desamparados, es un pueblo miserable, un pueblo esclavizado. Debe salir de su miseria y esclavitud, para suprimir el mal de la niñez abandonada. No hay otro medio. Mientras no se llegue a ello, el mal existirá siempre, porque la miseria no engendra más que miseria.

LA LANGOSTA

Figuraos que mañana desaparecieran todos los trabajadores del campo, no habría quien trabajara la tierra y moriríamos de hambre; si desaparecieran los zapateros, no se harían los zapatos; si desaparecieran los albañiles no se podrían hacer más casas; si desaparecieran los panaderos ¿quién haría el pan? Y así en todos los demás oficios. ¿Pero qué daño sufriríamos? ¿Sería acaso si desapareciera la langosta.

Enrique Malatesta.